

¿No véis que es descortés atrevimiento  
el traelle á mi casa defectuoso?

PINTOR.

Si le pongo la edad, será algún día  
sátira á la señora este retrato,  
y llamará al pintor villano, aleve,  
pues forma de sus años un testigo,  
con que halla en su retrato su enemigo;  
y si es que á los retratos sombras llaman,  
muy bien le llamará entonces su sombra,  
si el ver su edad en él tanto la asombra.  
Hasta hoy no se hanpreciado los pintores  
de satíricos no, que es villanía,  
y con las damas gran descortesía.

DON CALIXTO.

Señor, yo no he de daros mi dinero,  
pues yo el retrato con edad le quiero,  
asentadle la edad de vuestra mano,  
y volveos después.

PINTOR.

Más no volviera  
si las preñeces del Pirú me diera.

GUZMÁN.

El pintor va enojado, va corrido.

SALAZAR.

Y se funda en razón su sentimiento;  
porque tales extremos de locura  
viles ofensas son de la pintura.  
Veneración se debe á los pintores,  
y á los insignes, suma reverencia,  
que sólo puede un bárbaro, este loco,  
¡oh arte celestial! tenerte en poco.

DON CALIXTO.

Siempre hallo inobedientes los pintores,  
amigos de seguir su fantasía.

GUZMÁN.

Es arte de ingeniosa gallardía.

DON CALIXTO.

¿Quién viene? Ved quién viene.

GUZMÁN.

Es el maestro  
de danzar.

DON CALIXTO.

Pues ¿qué busca en esta casa?

SALAZAR.

Da sus ciertas liciones á los pajes,  
y ellos sisan la paga de sus gajes.

DON CALIXTO.

Pues ¿cómo el maestresala ha consentido  
que haya quien dance en casa?

SALAZAR.

Porque es cosa  
en cualquiera palacio ejercitada,  
y así esta casa queda acreditada.

DON CALIXTO.

Dancen en mi presencia, porque quiero  
saber quién es de todos más airoso.

GUZMÁN.

Pues entrará el maestro.

DON CALIXTO.

¿Sí, ¿qué espera?

SALAZAR.

Si acaso sin licencia hubiera entrado,  
también se hubiera vuesaarcé enojado.

DON CALIXTO.

¿Queréis vos poner tasa en mis enojos?  
Mientras no me quitáis las ocasiones,  
me tengo de enojar y desto gusto.

GUZMÁN.

Pues no es enojo si se funda en gusto,  
y así á vuesaarcé no hay ofendelle,  
pues el que más tratare de enojalle,  
da más en el camino de agradalle.  
Aquí está ya el maestro.

DON CALIXTO.

Extraño oficio,  
cuya hacienda se funda toda en viento;  
bueno me ha parecido el instrumento.

MAESTRO.

Por tal lo estimo yo.

DON CALIXTO.

Importa nada  
si él propio no da cuenta de sí mismo;  
él nos dirá quién es; tocad un poco.

SALAZAR.

Sus agudezas tiene, al fin es loco.

DON CALIXTO.

¿No vienen esos pajes?

GUZMÁN.

Hanse ido

á vestir.

DON CALIXTO.

¿Á vestir?... ¿Pues qué, ó cómo?

SALAZAR.

Hanse ido á vestir de matachines,  
porque hacen esta Pascua una comedia  
y piensan acabar la fiesta en ellos.

DON CALIXTO.

¿Matachines?... ¡Jesús, Jesús mil veces!  
Libranos ¡oh gran Dios! de matachines  
y de dar á comedias tales fines.  
¿Cómo que un hombre honrado se acomoda  
á parecer al mundo corcobado  
habiéndole derecho Dios criado?  
Que el que naciese así pase por ello,  
y se consuele á padecer la afrenta,  
porque lo quiere Dios, es justa cosa;  
mas fingillo con arte y con remedo,  
aun solo imaginallo pone miedo;  
no ha de haber matachines en mi casa.

MAESTRO.

Señor...

DON CALIXTO.

Que no hay señor; ¡qué linda cosa!

¿Al rey nuestro señor faltan galeotes?  
Yo le hiciera danzar con mil azotes.  
Envialde noramala, y de contado,  
que ya que es la moneda algo pesada,  
no es bien que se la demos dilatada.

SALAZAR.

Váyase vuesaaced, que está furioso,  
y se pone á peligro en esperalle.

GUZMÁN.

Por los ojos parece que echa fuego.

MAESTRO.

Por Dios que tiene cara de reniego.

(Vase el MAESTRO.)

GUZMÁN.

Aquí viene la mesa.

DON CALIXTO.

¿Qué, ¿ya es hora?

Pues no quiero comer: volvelda luego.

GUZMÁN.

Está ya aderezada la comida.

DON CALIXTO.

Mientras no está mi gana aderezada,  
que ella lo esté, es tanto como nada.  
No hay hombre como yo tan infelice:  
cuál me hace vestir cuando no quiero,  
cuál me hace comer sin apetito,  
y si me enojo dicen que es delito.  
Yo tengo de quedarme sin criados:  
todos desde hoy sois libres, buscad dueño;  
desocupad la casa, aprisa, aprisa.  
¿Queréisme provocar con vuestra risa?

GUZMÁN.

¡Que desnuda la espada!, ¡guarda el loco!

SALAZAR.

¡Guarda el loco! ¿Por dónde nos iremos?

DON CALIXTO.

Bien huyen los cobardes; mas no importa;  
por Dios que he de seguillos por las nubes,  
y castigar aún la menor malicia  
con la espada que véis de mi justicia.

## 72

### X.—Doña Ventosa.<sup>1</sup>

Comedia antigua.

LAS PERSONAS QUE HABLAN:

DOÑA EUFRASIA, llamada por mal nombre DOÑA VENTOSA.	LANZAROTE, lacayo. SILVESTRE, viejo. JACINTO, niño.
MARCELA y FELICIANA, sus criadas.	CAMILA, mujer casada.

Salen MARCELA y FELICIANA, criadas de DOÑA VENTOSA.

FELICIANA.

Gentil ama tenemos.

MARCELA.

Linda Bóreas.

<sup>1</sup> En las Coronas del Parnaso. Madrid, 1635.

¿Tenéis por gracia vos hacer visajes  
y enseñar á ser diablos á los pajes?  
Si acaso allá, al subir de la cocina,  
la mudanza ensayase con un plato  
un paje, y tropezase y le vertiese,  
porque esta es danza que anda por el suelo,  
retorcida de pies, gafa de manos,  
¿á quién me quejaré yo del suceso  
si no culpo á la falta de mi seso?  
No, matachines no, no, ¡vive Cristo!,  
aunque esto del danzar ande más listo.

MAESTRO.

Vuesaarced ha de ver sólo un ensayo,  
y si no fueren buenos, desde luego  
servirán de materia para el fuego;  
véalos vuesaarced, por vida mía.

DON CALIXTO.

La vida de un maestro de danzantes,  
¿es importante en causas importantes?  
Por Dios que os acogéis á buen sagrado.  
¿Qué importa vuestra vida? ¡Gran conjuro  
para vencer un corazón tan duro!

MAESTRO.

Pues, señor, ¿danzárase una gallarda?

DON CALIXTO.

¿Sí, porque hasta su nombre me contenta;  
si vos sabéis gallarda, grande cosa;  
es danza palaciega y majestuosa.  
¿Y quién la danza en casa?

MAESTRO.

El camarero.

DON CALIXTO.

¿Quién, ¿Salazar?

SALAZAR.

Señor, sí; yo la danzo;  
(pienso que por aquí su gracia alcanzo.)

DON CALIXTO.

Pues un hombre barbado y con esposa,  
¿aún aprende á bailar? ¿Qué, ¿no ha podido  
enfrenaros el nombre de marido?

SALAZAR.

No, señor, que también mi mujer danza.

DON CALIXTO.

¿Qué, ¿esta seta en mi casa se introduce?  
Así es toda mudanzas y vaivenes,  
pues si miro á los suelos de la casa  
apenas hallo suelo con pellejo,  
que los tiene la danza desollados,  
y así pueden, con voz justificada,  
decir que esta es la casa desollada.  
¿Cómo, en mi casa danzas las mujeres,  
y más las de criados principales?

MAESTRO.

Antes es el danzar para las tales,  
que el saber danzar bien, dice nobleza.

DON CALIXTO.

¡Jesús, éste me rompe la cabeza!  
¡Vete de ahí, gaitero; vete, vete!  
Echádmele de casa, ¡ay!, que le temo,  
adonde se hallan éste y otros tales.

FELICIANA.

Ella es la protectora de los vientos;  
pudírase llamar doña Huracana.  
Si el mar entre sus ondas la tuviera,  
en ningún tiempo calmas padeciera.  
Dice que es un Abril en la hermosura,  
mas como en ella tantos vientos braman,  
digo, á pesar del rostro rubio y garzo,  
que, más que no de Abril, tiene de Marzo.

MARCELA.

Préciase de tener muchos donaires.

FELICIANA.

Pocos los dones son, muchos los aires.

MARCELA.

Á fin la doña Eufrasia se imagina  
prodigio de beldad, de gracias monstruo,  
parca de vidas, rayo de las almas,  
Abril con pies y Sol con verdugado:  
fastástico pensar, gentil nublado.

FELICIANA.

La Venus de Madrid ella se llama.

MARCELA.

Con grande propiedad se da ese nombre:  
Venus nació en el mar; campo de vientos,  
con que en eso decir ha pretendido,  
que de los mismos vientos ha nacido.

FELICIANA.

Alábase de sabia y de graciosa  
y que son muy salados sus donaires.

MARCELA.

Si es Venus, y del mar tuvo principio,  
no será de mi voto condenada,  
porque el agua del mar es muy salada.  
Mas ¿cómo puede ser? Mucho me espanto,  
teniendo tanta sal dañarse tanto.

FELICIANA.

¿No adviertes que su mal está en el juicio,  
enfermedad tan fuerte y tan extraña,  
que la sal que preserva es quien la daña?  
Porque la del donaire son muy pocos  
á los que hace graciosos sin ser locos.

MARCELA.

Téngola unos galanes prevenidos,  
ridículos en talle, edad y estado;  
más parece desprecio que cuidado.  
Pero ella es tan amiga de galanes,  
que se alegra la adoren los más viles,  
aun aquellos que visten jerga y sarga.

FELICIANA.

Ganapanes de amor con tanta carga...

MARCELA.

Oye que son sus pasos los que siento,  
si da pasos quien viene por el viento.

Entra Doña Eufrasia.

Doña Eufrasia.

¡Oh amigas!

FELICIANA.

¡Oh señora, en cuyos ojos

tiene el amor pistolas y escopetas,  
pues para que fulminen rayos bellos,  
su pólvora y sus balas puso en ellos;  
que ayer mataste (¡oh célebre porrazo!)  
cuatro almas de bien con un balazo.

Doña Eufrasia.

¿Quién son esos penantes?

MARCELA.

Uno ¡ay cielos!

Doña Eufrasia.

Dí sin temor.

MARCELA.

Lacayo es de tu primo.

Doña Eufrasia.

Desde hoy más al Lanzarote estimo;  
cosa no he visto de mayor donaire;  
el hombre tiene el gusto de buen aire.

FELICIANA.

¿Cómo si es fuego amor, es tan airoso?

Doña Eufrasia.

Porque el aire al gran fuego no le ofende;  
gran fuego con gran aire más se enciende.  
Tales partes son dignas del que ama:  
buen aire en elegir bizarra dama,  
y después de elegir arderse luego,  
que su airosa elección le aumenta el fuego.

MARCELA.

¿Señora, puede entrar?

Doña Eufrasia.

¿Pues qué, me escucha?

MARCELA.

No se aparta, aun las horas de la noche,  
de esta puerta, tan grato, tan propicio,  
que pienso que le tiene por su juicio.  
Su amor veinticuatreño es en las horas,  
pues día y noche en tus umbrales pasa;  
mañán es de las puertas desta casa.

Doña Eufrasia.

Hacelde que éntre luego.

Entra Lanzarote.

Lanzarote.

¡Oh, mi señora!

relámpago de amor y tan sin ruido,  
que de valiente luz armado y lleno  
hiere sin los escándalos del trueno.  
Relámpago, bien dije, bien mil veces,  
porque hiere la vista cuando sale,  
y después deja horror cuando se esconde;  
relámpago de amor llamarte puedo,  
porque hieres la vista y pones miedo.

Doña Eufrasia.

Qué, ¿aún hablan los lacayos deste modo  
cuando amor sus espíritus enciende?  
Lengua es la voluntad muy elegante;  
no sois lacayo, no, sino mi amante.  
En mi amor renacistes tan hidalgo  
que de amor en las célebres montañas

que, sin mezcla de tierra, son de fuego;  
sois un amante hidalgo solariego.

MARCELA.

(*Aparte.*) Ha días que lo estudia, que su dueño  
la ha dado unas lecciones para el caso.

FELICIANA.

Dejalda proseguir, y hablá más paso  
que, según sus locuras y donaires,  
el puerto viene á ser de Buenos Aires.

MARCELA.

Amad con candidísima fineza,  
haced actos de amor, de aquellos puros,  
de aquellos digo, pues, digo de aquellos  
que los hago sentir sin conocellos.  
¿Qué decís, Lanzarote?

LANZAROTE.

Estó ardiendo;  
soy un trasgo de amor, soy un cohete  
de los que buscan pies haciendo ruido.

Doña Eufrasia.

Qué mal tan grande amor habéis medido.  
Cohete volador, que sube al cielo,  
era comparación más semejante;  
á su centro le vuelve este ignorante.

LANZAROTE.

Cohete buscapies, está bien dicho,  
que, como soy amante tan humilde,  
no me atrevo, señora, á pasar dellos,  
y aun es soberbia, porque son muy bellos.

Doña Eufrasia.

¿Amante sois con pies?

LANZAROTE.

Pues seré amante  
feliz, porque el amor, bella señora,  
ha menester ser muy solicitado,  
y es propio de los pies este cuidado.

FELICIANA.

¿Un amante lacayo que podía  
venir á ser, si no peón, amante?

LANZAROTE.

Si soy peón amante, servir quiero  
en la obra de amor como su obrero;  
yo me precio de ser peón, y estimo  
ser amante con pies, si no es que sea  
desgracia en estos tiempos infelices,  
que, como están los gustos tan tiranos,  
no los quieren con pies, sino con manos.  
Un amante de á pie se va despacio,  
y en el gusto que elige persevera,  
mas á caballo vuela tan ligero  
que es gusto fugitivo y pasajero.

FELICIANA.

¡Bueno, qué bufoniza!

Doña Eufrasia.

¡Libre, loca!  
¿tan mal nombre le dáis á quien me ama?  
Esto frescura en el decir se llama.

FELICIANA.

Bien habrá media hora que recrea  
en ti su vista el lacail amante.

LANZAROTE.

¡Vive el cielo que miente no ha un instante!

Doña Eufrasia.

Parécetelo á ti; doite otra media.

LANZAROTE.

Esa sola me queda ya de vida;  
mas de vida que es tal, bella señora,  
un siglo he de vivir en media hora.

MARCELA.

Sí, mas no puede ser continuada,  
que tiene mi señora otra visita.  
Expulsión, expulsión.

LANZAROTE.

¡Mujer maldita!

Con menos expulsión, loca ignorante,  
¿presumes que soy yo morisco amante?

MARCELA.

Tal no presumo yo, tal no imagino,  
que á serlo no bebieras tanto vino.

LANZAROTE.

Amante limpio soy.

MARCELA.

¿Quién te lo niega?  
Testigos son la bota y la bodega. (*Vase Lanzarote.*)

Doña Eufrasia.

Dí, ¿quién me busca, quién?

MARCELA.

Persona grande.

Doña Eufrasia.

¿Persona grande al fin?

MARCELA.

Grande en los años,  
que el que morir de vejez pudiera,  
amante de tu luz, siempre constante,  
más que de viejo morirá de amante.

Doña Eufrasia.

¿Que caduca mi amor siendo tan niño?...  
Mas no, que no caduca, está muy cuerdo.  
¿Qué edad tiene ese viejo?

MARCELA.

Noventa años.

FELICIANA.

¿Amante y de noventa?

Doña Eufrasia.

Pues...

FELICIANA.

Yo digo  
que esa es mejor edad para testigo.

Doña Eufrasia.

¿No ves que su Jordán serán mis ojos?  
Que puede mi beldad...

FELICIANA.

Menos boatro.

DOÑA EUFRASIA.

Volverle los noventa en veinticuatro.

FELICIANA.

Si así truecas los años serás rica,  
pues por el truco de ellos cualquier sexo  
te dará...

DOÑA EUFRASIA.

¡Bueno! ¿Burlas, mentecata?

FELICIANA.

Más subido interés que por la plata.

*Entra SILVESTRE, viejo, arrimándose á un báculo.*

MARCELA.

Ya entra el señor Silvestre.

DOÑA EUFRASIA.

No es su ánimo,  
Silvestre, como el nombre, porque amarme  
es digna acción de un ánimo político.  
¿Cómo se atrevió amor á tanta nieve?

SILVESTRE.

Vos las armas le dáis con que se atreve.  
Armado estaba yo, bien prevenido  
de fieles y maduros desengaños,  
cuando la munición de vuestros ojos  
en el suelo humilló mi fortaleza,  
que se hacía más fuerte en su flaqueza.

DOÑA EUFRASIA.

¿Y cómo os va conmigo? Allá en vuestra alma,  
¿qué os han dicho de mí?

SILVESTRE.

Que sois un cielo,  
habitación de espíritus hermosos,  
patria de luces, luz de las estrellas,  
y que, si no es por vos, que no son bellas.

DOÑA EUFRASIA.

Poco os han dicho, no, poco os han dicho.  
¡Ay, ay, qué poco amor: al fin sois viejo!

MARCELA.

¿Esto, señora, te parece poco?  
¡Si está cerca de hereje y toca en loco!

DOÑA EUFRASIA.

¡Amad con mucho espacio!

SILVESTRE.

¡Ay, mi señora!  
Á un hombre en quien la vida está de prisa,  
¿lo queréis vos mandar que ame despacio?  
No es mi amor esperanza de Palacio.  
Amar quiero en un día eternos siglos:  
postas pido al amor.

FELICIANA.

Qué mal agüero  
es caminar enostas un amante,  
por lo que el postillón toca delante:  
y más amante viejo, que podría

presumir, y gran yerro no sería,  
que el marfil que en los dientes le ha faltado  
se pasó con solícita presteza  
á servir de corona en su cabeza.

SILVESTRE.

¡Vive Dios, vive Dios!...

DOÑA EUFRASIA.

Él se enfurece;

¡qué bien un viejo loco me parece!  
¡Oh imperio superior de mi hermosura,  
que ha puesto en la cordura la locura!  
Tomad de mis cabellos esta trenza.

SILVESTRE.

¡Oh qué de oro que me dáis en ellos!  
¡doblones los llamad y no cabellos!

FELICIANA.

Desocupe la silla, padre honrado,  
y váyase con Dios, porque ya es tiempo.

SILVESTRE.

¡Oh qué grande y qué breve pasatiempo!  
Dije mal, porque el tiempo se suspende  
contemplando belleza tan insigne;  
y así, al que te contempla en esta casa,  
el tiempo que te goza no le pasa.

*(Váse SILVESTRE.)*

DOÑA EUFRASIA.

Lindo extremo de amor.

MARCELA.

Pues si gustares  
de ver en otro extremo igual milagro,  
un niño que seis años no ha cumplido,  
por ti es brinco de amor, brinco pulido,  
tanto, que por las rosas purpurantes  
de sus labios, la miel de unos requiebros  
vierte con tal donaire que enloquece;  
un amante en almíbar me parece.

DOÑA EUFRASIA.

Entre niño tan dulce.

*Entra JACINTO, niño.*

JACINTO.

¿Y qué tan dulce, mi reina?

DOÑA EUFRASIA.

¡Qué rapaz tan aliñado!

JACINTO.

Soy galán porque soy enamorado.  
Creedme, y no dudéis, ojos estrellas,  
y estrellas que del cielo sois los ojos,  
aunque también me ha dicho cierto amante  
que doña Parca os llama su montante.  
Que después que me distes el flechazo  
en éste que aquí véis corazoncito,  
tanta sangre ha vertido que parece  
un gran corazonazo, y es forzoso  
haber crecido en parte semejante,  
que no es corazoncito el de un amante.  
Mayor corazón tengo que persona;  
no sé si en las acciones bien lo muestro:  
todo soy corazón y todo vuestro.

DOÑA EUFRASIA.

¡Hay tal brinco, hay tal gracia, hay tal donaire?...  
Dalde de merendar.

JACINTO.

¡Gentil donaire!

¿yo había de merendar viendo esos ojos?  
No quiero merendar más que sus niñas;  
niño es amor, yo niño y niñas ellas;  
¡qué niñas que anduvieron las estrellas!  
Estrellas niñas vuestra luz es mía;  
¡qué hermosa y qué estrellada niñería!

DOÑA EUFRASIA.

¡Que á un niño á ser tan loco le provoqué!  
Jamás vi amor tan niño ni tan loco.—  
Muy dichoso sois, niño, que en naciendo  
me supistes amar. ¿Con qué sobornos  
pudistes obligar á la fortuna?

MARCELA.

*(Aparte.)* En la mayor creciente está su luna.

DOÑA EUFRASIA.

Vivid siempre muy firme en tal propósito  
y advertid no os mudéis de tal estado,  
porque tendréis un fin muy desastrado.

FELICIANA.

Qué mal oficio debe ser sastre,  
pues que á todo mal fin llaman desastre.

DOÑA EUFRASIA.

Este consejo os doy por ser tan niño.

JACINTO.

Aunque soy niño por mi edad tan niña,  
viejo seré en amaros firmemente,  
que éste que aquí miráis nuevo pellejo  
por vos le tengo de aforrar de viejo.

*(Váse JACINTO; entra CAMILA.)*

FELICIANA.

Aquí está una mujer que quiere hablarte.

DOÑA EUFRASIA.

Entre la tal mujer, diga su pena.

CAMILA.

¡Jesús, qué velozmente se ha mudado  
mi intento: no soy yo la que venía!  
Esta es de amor notable tropelía.  
Muy celosa de vos vine por veros,  
por saber que mi esposo os adoraba;  
mas quedando desde hoy muy vuestra amante,  
antes á él de vos celar solía,  
agora dél á vos celaros quiero,  
pues que á los filos de esos ojos muero.  
Con ser los celos pena tan rabiosa  
los que me dió agradezco, pues han sido  
causa de los que agora pienso dalle  
con amaros á vos y desprecialle.

MARCELA.

Señora, ¿qué pretende tu belleza  
si aun en las mujeres hace estragos?

DOÑA EUFRASIA.

¡Vive amor que la di, gentil Santiago!

*COLECCIÓN DE ENTREMESES.—TOMO I.*

FELICIANA.

Dala un favor.

DOÑA EUFRASIA.

¿Favor?... ¿Cuál?

MARCELA.

Esa cinta.

DOÑA EUFRASIA.

¿La verde?

FELICIANA.

Sí, la verde. ¿Qué se pierde?

MARCELA.

Con eso vendrá á ser Santiago el Verde.

DOÑA EUFRASIA.

Recibid esta cinta.

CAMILA.

¡Gran tesoro!

DOÑA EUFRASIA.

Mas no os desvanezcáis porque va en ella  
el festivo colór de la esperanza,  
que, á tener otra cinta más á mano,  
esperanza no os diera aun en la cinta.

CAMILA.

¿Cómo? Ahorcarme de la cinta quiero,  
pues aun de la esperanza nada espero.  
¡Qué!, ¿con otra mujer sois tan escasa?

DOÑA EUFRASIA.

Quiero os perfeccionar con los desdenes,  
porque os agraden más después los bienes  
pues si sabéis pasar por los rigores,  
tendréis grande cosecha de favores.  
Esperad al Agosto.

CAMILA.

No le espero

Agosto yo de ti; ¡gentil locura!,  
siendo un Abril eterno tu hermosura.

DOÑA EUFRASIA.

Andad, andad con Dios.

CAMILA.

Si no me llevan,  
irme yo por mis pies será imposible;  
rabiando he de morir en vuestra ausencia.

DOÑA EUFRASIA.

Mañana gozaréis de mi presencia;  
y venid muy temprano.

CAMILA.

¡Ay mi señora!

Yo vendré á ver tu aurora con la aurora.  
Mas ¡ay!, que os traigo en esta manga dulce.

DOÑA EUFRASIA.

Jamás le cómo.

CAMILA.

¿Y si es de castañetas?

DOÑA EUFRASIA.

Si bailáis quitaréisme mil enojos.

(*Entran Músicos, cantan y bailan.*)

Una dama caprichosa,  
tanto parecida al mar,  
que en su necia fantasía  
olas vienen y olas van.

Buratin de pensamientos  
de tan rara habilidad,  
que haciendo maroma el aire  
sobre el aire vueltas da.

De las guerras del amor  
intenta ser general  
tan invencible, que quiere  
prender, herir y matar.

Materia da á los ingenios  
felices de nuestra edad,  
cuyas plumas solas pueden  
competilla en el volar.

No está más desvanecida  
la Giralda en su ciudad,  
á quien sirve de abanicos  
uno y otro vendaval,

que nuestra doña Ventosa,  
cuya gran ventosidad  
ha convocado poetas,  
que así la vaya la dan.

Los barberos te buscan, Eufrosia mía,  
ya porque eres ventosa, ya por vacía.  
Las legumbres pretenden que doña Eufrosia  
se aposente con ellas por calabaza.  
Desde hoy, doña Ulises llamarla espero,  
porque trae encerrados todos los vientos.  
Quien buscare en verano fresca la casa,  
váyase á la cabeza de doña Eufrosia.

## 73

XI.—El Caballero Bailarín.<sup>1</sup>

*Comedia antigua.*

LAS PERSONAS QUE HABLAN:

DON LUCAS, caballero bailarín.  
UN MAYORDOMO DE DON LUCAS.  
EL FULLERO.  
EL PLEITISTA.  
EL HABLADOR.

EL POETA.  
EL MÚSICO.  
EL BAILARÍN.  
DOÑA FLORETA y DOÑA MUDANZA, hermanas del bailarín.  
UNOS MÚSICOS.

*Salen DON LUCAS y su MAYORDOMO, y DON LUCAS sale con las castañetas puestas.*

DON LUCAS.

No quiero más criados pesadillas,  
gente que todo el año me da cómo;  
explícome con vos, mi mayordomo:  
sirven mal, comen bien, gentil enfado.  
Por Dios que me dan cómo duplicado.

MAYORDOMO.

¿Pues en qué sirven mal?

DON LUCAS.

Ninguno baila.

<sup>1</sup> En las *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635.

MAYORDOMO.

¿Pues bailar es servir?

DON LUCAS.

Para conmigo,  
no hay servir sin bailar.

MAYORDOMO.

(*Aparte.*) ¿Qué gentil amo!

DON LUCAS.

El caballero bailarín me llamo;  
la gente convocad del regodeo,  
todos han de crujir la castañeta,  
y el que tuviere tufo de poeta  
ha de ser á los otros preferido,  
que el vino de las musas no es pesado  
porque siempre lo beben muy aguado.

MAYORDOMO.

Señor...

DON LUCAS.

No repliquéis, buen mayordomo.  
¿No véis que el porfiar también es cómo?  
Mirad quién viene.

MAYORDOMO.

Pienso que ha corrido  
la voz por el lugar: aquí está un hombre.

*Entra el FULLERO.*

DON LUCAS.

¿Quién es? ¿Quién sois, hidalgo?

FULLERO.

Yo, un pechero  
de la necesidad, pues servir quiero.

DON LUCAS.

Decid, ¿qué habilidad?...

FULLERO.

Bien ingeniosa.

DON LUCAS.

¿Ya os entráis alabando? Pasos vanos.

FULLERO.

Yo tengo habilidad de ingenio y manos.  
Soy un grande pintor de la carteta,  
cúmplase en mí el adagio castellano,  
pintar como querer, que, aún más sucinto  
que él nos lo dice, como quiero pinto.  
Yo nunca pinto al temple, porque luego  
con mi pintura engendro en todos fuego;  
al fin, prodigio soy de los pintores,  
porque gasto tan vivos los colores,  
que á los rostros los sacan mis pinceles,  
cosa que fuera pulla para Apeles.  
Ya es muy común el retratar en naipes,  
mas no el pintar, y yo, con modo opuesto,  
pinto sin retratar, y tan osado,  
que nunca de pintar me he retratado.

DON LUCAS.

Habilísimo oficio. ¿Tenéis otro?

FULLERO.

La misma ocupación otro me causa.

Con estas manos, aunque no elegantes,  
las flores de el Abril de una baraja  
cultivo siempre, diestro jardinero,  
con que soy el Agosto del dinero.  
Estas manos que ves, si bien las miras  
con alma atenta y con la vista presta,  
más que no carne humana, son floresta.  
Los jardines del naipes los plantamos  
á medias, yo ganando, otros perdiendo;  
todo cuanto yo gano con mis flores  
lloran ellos con ojos infelices;  
y así, en estos jardines excelentes,  
más las flores son, tuyas las fuentes.

DON LUCAS.

Hábiles hombres busco, mas no tanto;  
de vuestra habilidad recibo espanto.  
Id con Dios, don Almdro.

FULLERO.

¿Don Almdro  
me llamas? No es mi nombre.

DON LUCAS.

Desde hoy sea.  
¿Tan presto tantas flores aprendistes?  
Id con Dios, don Almdro.

FULLERO.

¿Don Almdro  
me llamas otra vez?

DON LUCAS.

Y muchas veces.

FULLERO.

Quejaréme de ti.

DON LUCAS.

Quejas bien vanas;  
no tengáis vos las flores tan tempranas. (*Váse.*)

MAYORDOMO.

Con muy grande razón no le admitiste  
al joven tan florido como astuto,  
árbol de mucha flor y de más fruto.

*Entra el PLEITISTA.*

Otro viene. ¿Quién es? ¿Quién sois, amigo?

DON LUCAS.

Pasad, señor, pasad más adelante.

PLEITISTA.

Si haré, que yo no doy pasos escasos,  
que está mi habilidad gran parte en pasos.  
Yo soy deste lugar archipleitista,  
con cien manos, cien pies y otros cien ojos,  
escribiendo las hojas de un proceso:  
á cuál quito la vida, á cuál el seso.  
Al que sé que es novato en esta esgrima,  
doy de antubión con dos testigos falsos,  
con el que sin pensar se mira herido,  
ciego tropieza y pásmase aturdido.  
Grande avestruz, de hojas de proceso,  
muchas diversas veces me he comido,  
y es más hazaña haberlas digerido,  
que al hierro; y gran verdad en esto encierro,  
porque éstas siempre están llenas de yerro,

que aquellas letras, grandes procesadas,  
aunque vayan derechas, van erradas.  
Tengo una pluma, grande usurpadora  
de las firmas ajenas, y con ella,  
como con garabatos, traigo á casa  
la hacienda de mi émulo y vecino;  
que aquellos dentecillos tan delgados  
son á los del alano comparados,  
que, aunque más los impelen y forcejan,  
en cogiendo la presa, no la dejan.

DON LUCAS.

Vete, diablo de pluma, vete luego;  
vete volando, pues que plumas tienes;  
que tu persona debe ser temida  
aún mucho más, por pluma tan pesada,  
que á otros se les teme por la espada.

MAYORDOMO.

No le trates, señor, con tal desprecio,  
que, según lo que él mismo ha referido,  
morirás de un dolor de procesado,  
que és de mayor peligro que el costado.

(*Váse el PLEITISTA, jurándosele con una pluma.*)

PLEITISTA.

Yo me voy, y miradme.

MAYORDOMO.

Con la pluma  
te ha jurado la cruz.

DON LUCAS.

No pudo hacella  
con la pluma, si el diablo viene en ella.

MAYORDOMO.

Yo la vi.

DON LUCAS.

Tal tu vista no presuma;  
que aun esa falsedad fué de su pluma.

MAYORDOMO.

Uno se nos ha entrado sin licencia.

*Entra el HABLADOR.*

DON LUCAS.

¿Quién sois vos que venís tan confiado?  
Decid, ¿qué habilidad?...

HABLADOR.

Soy extremado;  
muy bien mi habilidad deciros puedo,  
pues consiste en decir: soy un continuo  
movimiento de lengua, soy un hombre  
nombrado por hablar en todo el mundo,  
que lo que tengo de el nominativo  
se lo debo yo todo al ablativo.  
En la casa en que vivo, vivo solo,  
por hablarlo yo todo, y aún no quiero  
tener retratos de los parecidos,  
de aquellos cuyo extremo celebrando,  
se les suele decir que están hablando.  
Con mi sombra platico muchas veces,  
y soy en el discurso tan prolijo,  
que la sombra, de oirme ya cansada,  
más que de sí, de mí queda asombrada.  
Estoy en sueños, mientras duermo, hablando,

y así el sueño más grave y más profundo,  
si á esta operación mía se advierte,  
pierde en mí el ser imagen de la muerte;  
pues la sombra mortal que en él recibo  
en la parte de hablar, me deja vivo.

DON LUCAS.

Escúchame.

HABLADOR.

No puedo.

DON LUCAS.

Escucha un poco.

HABLADOR.

Más fácil será irme que escucharte.

DON LUCAS.

Martillo de las almas es tu lengua;  
vete, hablador, de oírte estoy temblando,  
que me estás los oídos martillando.

HABLADOR.

No me quieres oír, pues vóime luego.

(Váse el HABLADOR.)

DON LUCAS.

Fuego en tu lengua, pues que toda es fuego.

MAYORDOMO.

En mi vida vi hombre más pesado;  
yo sospecho que estaba endemoniado.

DON LUCAS.

Vuestra sospecha ha sido impertinente,  
porque aunque es hablador, no es maldiciente.

MAYORDOMO.

En esto gastaremos todo el día.  
Otro viene, señor; mas tan risueño,  
que ya su risa me ha quitado el ceño.  
¿Quién sois?

DON LUCAS.

Llegad, llegad.

Entra el POETA.

POETA.

Estadme atento:

ya desato la voz y el alma al viento.  
Soy almíbar de Apolo, soy conserva  
de aquel convento de las nueve Musas,  
soy poeta de amor, y tan aguado,  
que siempre al són de fuentes he cantado.  
Tan dado á suspirar soy, que compuse  
del ¡ay, ay, ay! las coplas primitivas,  
si está libre de viento mi cabeza,  
favor que otro poeta no ha gozado,  
de el fundamento que hay quiero advertiros,  
es porque gasto el viento en los suspiros.  
No soy poeta alano, no de aquellos  
que hacen presa en la honra del amigo;  
poeta soy sin dientes y con lengua,  
que alabo sin morder, que esotro es mengua.  
Tengo yo mi solar en el Parnaso  
y soy de la familia de los cultos;  
no estoy en el legajo de los legos,  
que de legalidad no necesitan  
los poetas políticos y urbanos,  
que esa la han menester los escribanos.

DON LUCAS.

¿Romances escribís?

POETA.

Romances moros  
escritos tengo muchos.

DON LUCAS.

Por mi vida  
que me escribáis romances bautizados;  
procuraos reducir al cristianismo  
sin ser poeta más del paganismo;  
porque de Berbería yo querría  
dátiles, coplas no de Berbería.

MAYORDOMO.

¿Las musas berberiscas le dan pena?  
Ya desde hoy más, si no sois temerario,  
poeta habéis de ser del calendario.

POETA.

También en mis romances pastoriles  
persigo las Auroras, los Abriles,  
y al Sol le doy mil sustos cada día  
comparándole á Joana y á María,  
sabiendo yo que son María y Joana  
lo más civil de nuestra carne humana.

DON LUCAS.

Gracia ha tenido el culto.

MAYORDOMO.

Y no pequeña.

DON LUCAS.

¿Sabéis bailar?

POETA.

Señor, tengo buen brío.

DON LUCAS.

Aprended á bailar perfectamente,  
si es que me codiciáis por vuestro amo,  
que el Caballero Bailarín me llamo.

POETA.

Yo voy á repasar unas liciones.

DON LUCAS.

Tomad para la costa esos doblones.

POETA.

Dios os lo pague.

MAYORDOMO.

No es limosna, hermano.

DON LUCAS.

Mal lo entendéis, limosna es muy perfeta  
todo cuanto le damos al poeta. (Váse el POETA.)

Salte el MÚSICO.

MAYORDOMO.

¿Cuyos son estos pasos?

MÚSICO.

Son de un hombre  
que los da con los pies y la garganta.

DON LUCAS.

Mucho os paseáis.

MÚSICO.

Señor, segundo Orfeo,  
hasta con la garganta me paseo.

MAYORDOMO.

Espántome que todas las mujeres  
no canten siempre.

DON LUCAS.

¿En qué fundas tu espanto?

MAYORDOMO.

En ser amigas de pasearse tanto.

DON LUCAS.

Mira, advierte.

MAYORDOMO.

Señor...

DON LUCAS.

¿Oyes?...

MAYORDOMO.

Ya escucho.

DON LUCAS.

Todas hacen pasajes de garganta,  
y siempre dulces: ésta porque canta,  
aquella porque come golosinas,  
que todas son, si bien lo consideras,  
del estrecho gáznate pasajeras.  
Pero vamos al caso, cisne en seco,  
que cantáis en la tierra, y no en el agua,  
¿cuál es la vuestra voz?

MÚSICO.

Un contrabajo,  
más profundo y sonoro que en el Tajo,  
aquel ruido que forman las azudas,  
y tal vez de este tal contrabajete  
me paso á los melindres de un falsete.

DON LUCAS.

¿Declaráis bien la letra?

MÚSICO.

Me la cómo,  
haciendo muchos pasos de garganta;  
y son tantas las letras que he tragado,  
que ya soy, más que músico, letrado.

DON LUCAS.

¿Glotonazo de coplas?... No me agrada:  
otra senda buscad más provechosa;  
cantad el verso y comeréis en prosa.

MÚSICO.

No soy cantor de máscara, ni títere;  
que canto sin visajes ni meneos,  
y esta en quien canta es propiedad muy buena,  
sereno en el rostro y en la voz Sirena.

DON LUCAS.

Y ¿qué tonos cantáis?

MÚSICO.

De mi capricho,  
que un cantor largo, crespo y despejado  
no ha de cantar al tono limitado;  
yo soy el tono mismo, y si me entono...

DON LUCAS.

Cantaréis más en tonto que en el tono.  
¿Bailáis?

MÚSICO.

Tengo principios.

DON LUCAS.

Por mi gusto  
habéis de proseguir, por vida mía,  
que para que bailéis con ligereza  
preste á los pies el viento la cabeza.  
Adiós, adiós.

MÚSICO.

Ya voy á obedecerte.

DON LUCAS.

Volved muy bailarín.

MÚSICO.

Volveré tanto,  
que te pienso bailar aun la comida.

DON LUCAS.

Dí, ¿cómo puede ser?

MÚSICO.

¿Pues eso dudas?

Si es que el bailar consiste en las mudanzas,  
yo de bailar aun la comida trato,  
mudándola á la boca desde el plato.

(Váse el MÚSICO.)

MAYORDOMO.

Chistes dice el cantor, chistes donosos;  
no pensé que tuviera tal donaire;  
mas la música es dón fundado en aire.

(Entra el BAILARÍN y dos mujeres, sus HERMANAS, con las  
castañuelas puestas.)

¿De dónde se ha soltado tanta chusma?

DON LUCAS.

¿Qué gente?...

BAILARÍN.

Bailarines.

DON LUCAS.

Linda gente,

si bailan bien.

BAILARÍN.

Escucha atentamente.

Yo soy el inventor de cuanto bulle,  
en los teatros llámanme don baile;  
esta carne que ves en este cuerpo,  
parece que con goznes está unida,  
porque le doblo y tuerzo á cualquier lado  
con notable despejo y desenfado.  
Estos pies que aquí miras, son dos minas  
de azogue, todo en ellos brinca y bulle  
hasta la más pequeña coyuntura,  
que, cuando yo los bailo, con movellos  
aun sus huesos están bailando en ellos.  
El mejor sacristán de castañetas  
soy yo, grande maestro en repicallas,  
tal, que al són del más mínimo repique  
no hay alma que del baile no se pique.

DON LUCAS.

Basta, basta, no más; quedaos en casa,

no por criado, no, por compañero;  
yo el Caballero Bailarín me llamo,  
y vos don baile, vos seréis mi amo.  
¿Quién son estas mujeres?

BAILARÍN.

Mis hermanas.

DON LUCAS.

¿Y bailan?

BAILARÍN.

Son del baile tan ministros,  
que aun los ojos le bailan en el casco,  
cuyas niñas, hermosas y divinas,  
se hacen por imitallas bailarinas.

DON LUCAS.

¿Cómo se llaman?

HERMANA PRIMERA.

Yo, doña Mudanza.

DON LUCAS.

Y vos, ¿cómo os llamáis?

HERMANA SEGUNDA.

Doña Floreta.

DON LUCAS.

Los nombres propios son para mujeres,  
pues, según su inconstancia y su hermosura,  
no pudieron ponérselos mejores,  
porque unas son mudanzas y otras flores.

MAYORDOMO.

Y aun esas mismas flores, si lo adviertes,  
están siempre sujetas á mudanzas;  
pues la que al sol vencerle solicita,  
al nacer de la noche se marchita.

DON LUCAS.

Gentil moralidad, mayordomazo;  
hasta en ese concepto sois pelmazo.

BAILARÍN.

Un parto de mi ingenio he de bailarte,  
capricho reducido á castañetas,  
que lo que concibió el entendimiento  
se ha bajado á los pies.

DON LUCAS.

Humor parece  
que ha corrido á los pies de la cabeza;  
humor dije, y el hecho no condeno,  
que humor tiene quien baila, y el más bueno.  
¿Cómo se llama el baile?

BAILARÍN.

*Las galeras*

*de el amor.*

DON LUCAS.

Embarcarme en ellas quiero.

BAILARÍN.

Bueno, ¿sabes el baile?

DON LUCAS.

Tú, su artifice,  
no le sabes mejor, porque en naciendo

cualquier baile, en mis libros se registra,  
que yo soy de los bailes aduana.

DOÑA FLORETA.

Conmigo has de bailar.

DON LUCAS.

De buena gana.

DOÑA MUDANZA.

Y conmigo también.

DON LUCAS.

¿En eso dudas?

Con todas bailaré liberalmente.  
Empiecen á brindarnos las guitarras;  
que si ellas brindan bien, como discretas,  
luego harán la razón las castañetas.

*Salen los Músicos, cantan y bailan.*

Galeritas de el amor  
volando salen del puerto,  
con el viento y por el agua  
para ministros del fuego.

Cuatro son las galeritas  
que van las ondas rompiendo,  
baten los remos las aguas  
y el agua sube á los cielos.  
¡Qué bien reman los forzados!  
si dije forzados, miento,  
que cuantos lleva el amor  
son voluntarios remeros.

Las blancas velas tendidas  
á vista del mar sereno,  
gozan, sin temer peligro,  
veloces soplos del viento.

Cuando huye la negra noche,  
ya tropezando y cayendo,  
que, como quien va tan ciega,  
se despeña desde el cielo.

Disparan la artillería  
con humo, fuego y estruendo,  
que hacen la salva al aurora  
con marciales instrumentos.

¡Oh qué alegres navegaban,  
cuando, con nublados negros,  
la luz se vistió de sombras  
y el aire bramó con truenos!

¡Guerra, guerra; al arma, al arma!,  
dicen los vientos soberbios,  
que, acometiendo á las ondas,  
las esparcen por sí mismos.

La isla de la esperanza  
buscan con pasos ligeros,  
si antes no las echa á fondo  
esta borrasca de celos.

Un grumete cayó al agua,  
mas es nadador tan diestro,  
que nada sobre las ondas  
á sus combates opuestos.

Llamábase éste de amor  
pensamiento lisonjero,  
que buscó desvanecido  
en el peligro el remedio.

Ya el amor le da la mano,  
y tira con tanto esfuerzo,  
que librándole del agua  
le restituye á su puesto.

ROBLEDO.

Murmuro de quien más me lo merece,  
seguro entre estas fuentes, que rigiendo  
dulces maestros son de esta dotrina;  
no he de gastar murmuración escasa,  
porque aquí el murmurar está en su casa.

ROSALES.

Qué viciosa es el agua, pues murmura;  
por eso la aborrezco, y quiere el cielo,  
ó que se precipite despeñada  
ó que, como culebra, ande arrastrando.  
¡Oh vino, con extremo generoso,  
en todos tus efectos virtuoso!  
¡Que haya quien escriba (caso fuerte,  
aquí con todo extremo desatino)  
virtudes del romero y no del vino!  
Decid, cuando el romero cura llagas,  
¿puedelo hacer el rústico ignorante  
sin que el vino le sirva de ayudante?

ROBLEDO.

¿Queréis que os brinde? *(Saca una bota.)*

ROSALES.

Sí, venga la bota,

*(Dale la bota.)*

que esta plata salvaje y ermitaña,  
que á sus solas murmura en los desiertos,  
sólo es buena bebida para muertos.  
Brindis, doña Tomasa.

DOÑA TOMASA.

Digo, digo

que á la razón que me llamáis me obligo;  
que la razón (tal gusto en mí se halla)  
bebella, quiero más, que pronuncialla.  
Una á una beber tantas quisiera,  
que hablar después ni aun una no pudiera.

DOÑA JULIA.

Mal está la Tomasa con Mahoma;  
tomadora es del vino y dél se toma.  
¡Bueno, basta; no más; aguarda cuera!

DOÑA TOMASA.

De ámbar lo puedo ser con este vino.  
Los principotes son muy ignorantés  
en no adobar con tal licor los guantes;  
que yo quedo con él tan adobada  
que al diablo mismo le daré guantada.

DOÑA JULIA.

Paso; juega más limpio y venga un trago,  
que me quiero quitar un romadizo  
con este jaramillo de las cubas.

*(Bebe Doña Tomasa.)*

DOÑA TOMASA.

¡Oh qué bien la bellaca se gobierna!  
que la mejor botica es la taberna.

DOÑA JULIA.

Por allí viene un coche, veinte, ciento,  
mil.

DOÑA TOMASA.

¿Cómo mil? Sin duda estás borracha;  
uno veo no más.

El amor previene el arco,  
y la flecha en él poniendo,  
amenazando á los mares  
luego se ponen serenos.  
Al puerto de la esperanza  
llegaron en salvamento,  
adonde aún tienen peligro,  
que no es muy seguro el puerto.

## 74

### XII.—El Prado de Madrid y Baile de la Capona.<sup>1</sup>

*Comedia antigua.*

LAS PERSONAS QUE HABLAN:

ROBLEDO.	DOÑA JULIA.
ROSALES.	MÚSICOS.
DOÑA TOMASA.	

*Salen ROBLEDO y ROSALES, músicos, con sus guitarras, y con ellos DOÑA TOMASA y DOÑA JULIA. Siéntanse.*

ROBLEDO.

Este es el Prado, este es el hermoso  
mayorazgo de Abril.

ROSALES.

Buen mayorazgo,  
cuya renta se gasta siempre en flores.

ROBLEDO.

Así gastan las tuyas los señores.

ROSALES.

Sin duda que padece mil achaques,  
pues le hacen tantas fuentes cada día.

ROBLEDO.

Tales fuentes salud las considero  
de quien fué el cirujano el fontanero.  
Fuentes de plata son estas corrientes.

ROSALES.

Fuentes de rico son y no de enfermo;  
mas si es plata el corriente que dilata,  
¿cómo hay tanto vellón y poca plata?

ROBLEDO.

Porque toda la plata que traemos  
es como la que ves en este prado,  
que aunque brilla tan bella y tan lasciva  
es plata pasajera y fugitiva.

ROSALES.

Al fin está en el prado la riqueza;  
pues ¿qué busca la plata entre los brutos,  
si tan liberalmente los socorre,  
que entre sus pies risueña bulle y corre?

ROBLEDO.

Si eso preguntas, mal has conocido  
de la vil fortunilla las molestias;  
siempre son los más ricos los más bestias.

DOÑA JULIA.

No murmures, por Dios, de la fortuna.

<sup>1</sup> En las *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635.

Doña JULIA.  
Yo mil millones,  
que en este Prado es justo que repares  
no entran con unidad sino á millares.  
Este Prado es común á los casados,  
deleite es de maridos y mujeres;  
igualmente dos sexos le recrean,  
porque ellos pacen y ellas se pasean.  
¿Qué pareja de coches es aquélla?

Doña TOMASA.  
Macho y hembra.

Doña JULIA.  
Qué, ¿hay coches hembra y macho?

Doña TOMASA.  
Sí, amiga, y como tanto se han juntado  
por eso han producido y aumentado.

Doña JULIA.  
Brindis á la salud de tanto coche.

Doña TOMASA.  
Y á la de los cocheros, ¿no haces brindis?

Doña JULIA.  
No, porque sé muy bien que les agrada  
tenerla antes bebida que brindada.  
¿Al brindis de los coches te haces sorda?

Doña TOMASA.  
Soy hija de obediencia á todo brindis;  
aceto el brindis de ese licor blando,  
que si es de coches se vendrá rodando.

(Bebe Doña TOMASA.)  
¡Ay Dios! Cuanto los coches son suaves,  
no me espanto los pidan las mujeres;  
para mí (tal soy yo por mis pecados)  
más los quiero bebidos que rodados.

ROBLEDO.  
Los coches son bajeles de la tierra,  
y ninguno dejó de ser zorrero  
por la virtud del ínclito cochero.

ROSALES.  
Una zorra cualquiera se la toma.

ROBLEDO.  
Sí, mas es suciedad.

ROSALES.  
¡Gentil locura!  
esa opinión será de los modorros,  
antes todo se limpia con los zorros.  
¿Quién es aquel mozuco rocinante?

ROBLEDO.  
Estafeta es de gustos y de amores,  
que hace en el Prado bodas de repente.

Doña JULIA.  
Yo brindo á su salud un tanto cuanto.

ROBLEDO.  
Bríndela el diablo á quien le sirve tanto.

ROSALES.  
¿Qué coche tan caduco y tan anciano!  
Tantas viejas en coche, ¿qué pretenden?

ROBLEDO.  
Volver mozas á casa.

ROSALES.  
¿Qué me dices?

ROBLEDO.  
Desde hoy será razón que consideres  
que es un coche el Jordán de las mujeres,  
sino es para la que es gentil pilota  
que esa tiene el Jordán en una bota.

Doña JULIA.  
¡Jesús, y qué notable desatino!  
pues ¿cómo puede haber Jordán de vino?

ROBLEDO.  
Yo, para remojarme noche y día  
(tales son los ardores de mi fragua),  
más le quiero de vino que de agua.

ROSALES.  
¿Qué vende aquél?

ROBLEDO.  
¡Aquél?... Suplicaciones;  
véndalas á los que hacen memoriales.

ROSALES.  
¿Y aquél?...  
Agua de nieve.

ROSALES.  
¡Oh, vil, aleve;  
bastábale ser agua sin ser nieve!  
¡Que llegue el mundo á tal bellaquería  
que hasta la nieve es ya mercadería!  
Presto valdrá dineros el granizo.  
¡Oh mundo, y cuántas son tus necedades!  
¡Dineros valen ya las tempestades!

ROBLEDO.  
Pues si valen dineros las mujeres,  
¿de qué te espantas?

ROSALES.  
Bien, pues ¿qué me avisas?

ROBLEDO.  
Que son todas, si bien lo consideras,  
tempestades continuas y caseras.

Doña JULIA.  
¡Jesús, y cuánta gente viene en tropa!  
tres clérigos á mula, y en un coche  
dos viudas. ¡Oh viudez lozana y verde!  
Tales vienen, que á ellas comparado,  
ellas las verdes son y el seco el Prado!

Doña TOMASA.  
Bailemos.

Doña JULIA.  
Y ¿qué baile?

Doña TOMASA.  
Las folías.

Doña JULIA.  
Ese es baile caduco, y que no puede  
bailarle quien no fuere setentona.

Un baile niño quiero, aun con mantillas,  
de éstos que con el són hacen cosquillas.

ROSALES.  
¿Gustaréis de bailar la zarabanda?

Doña JULIA.  
¿Nunca oistes decir que estuvo presa?  
Si el baile ha de ser suelto y desatado,  
¿podrá ser bueno un baile encarcelado?

ROBLEDO.  
La capona será baile ligero,  
que un baile que es capón vendrá con plumas.

ROSALES.  
Qué entremetidos son estos capones;  
no les basta cantar desenfadados,  
sino que también quieren ser bailados.

Doña JULIA.  
¿Puede haber cosa buena si es capona?  
Sola una, que llaman la chacona.

Doña TOMASA.  
La chacona, ¿no es baile muy antiguo?

ROBLEDO.  
Remozóla un capón con gran donaire.

ROSALES.  
Son los capones gente de buen aire.

Doña JULIA.  
La hija del capón bailad, señores.

ROSALES.  
¿Que engendran los capones?, ¡gran portentoso!

ROBLEDO.  
Sí, mas son bailes que se lleva el viento.

Doña TOMASA.  
Bailemos este baile desbarbado.

Doña JULIA.  
Baile lampiño, en fin, baile emplumado.

(Cantan y bailan.)  
El baile de la capona,  
que, á ser como baile, danza,  
no fuera de cascabeles  
porque á su padre le faltan.  
Siendo juez el Prado ameno,  
le quieren bailar dos damas,  
que es baile muy de su gusto  
en el Prado, y no en la cama,  
El mundo todo se admira  
y con gran razón se espanta,  
de ver que de Capadocia  
viniese este baile á España.  
Para el baile previnieron  
las cuerdas de una guitarra,  
sin ver que á un baile capón  
un castrador le bastaba.  
Dos mozucoles las ayudan  
de una barba muy escasa,  
que los buscaron lampiños  
porque hiciesen consonancia.  
Ya de madera repican  
dos bien iguales campanas,

si no es que tocan al fuego  
que han encendido en las almas.  
Los álamos las imitan,  
y con las hojas le bailan,  
que árboles que no dan fruto,  
de baile capón se agradan.  
Las sonoras fuentecillas  
del suceso murmuraban,  
murmuración que no ofende  
por ser con lenguas de plata.  
La noche negra los mira  
bien envidiosa, aunque calla,  
porque se pierden los negros  
por los bailes y las danzas.  
A cualquier puntapié suyo  
nacen luego rosas varias,  
que es gente que á puntapiés  
á la primavera manda.  
Los gallos que con su canto  
hacen madrugar al alba,  
lentos de capona envidia  
ya lloran lo que cantaban.  
Erizando bien las crestas  
se quieren mesar las barbas,  
por ver que han llegado á tiempo,  
que más que honran, embarazan.  
Hasta las caducas viejas  
este baile capón bailan,  
que, por volar como brujas,  
le quieren robar sus alas.  
Venid al baile, mozucoles,  
venid las que sois bizarras:  
no reparéis en su nombre,  
que muchos nombres engañan.

## 75

XIII.—El Padrazo y las Hijazas. <sup>1</sup>

Comedia antigua.

LAS PERSONAS QUE HABLAN:

ROSARDO, viejo.	UN GANAPÁN.
RICARDO, su vecino.	LEONORA, MARCELA y LU-
UN CASAMENTERO.	CIA, hijas de ROSARDO.
UN CIEGO.	MÚSICOS.

Sale ROSARDO, viejo, arrimándose á un báculo, y con él RICARDO, su vecino.

ROSARDO.

Tres hijazas tan grandes, tres. ¡Ah cielos!,  
qué enfermedad tan grave y tan pesada:  
toda la vida estoy con mal de hijada.

RICARDO.

Pues yo tengo una piedra que es muy buena.

ROSARDO.

Este mi mal de hijada, caballero,  
se cura con la piedra del dinero:  
y un mal de hijada, de hijas tan pesadas,  
no se había de curar sino á pedradas.  
El casamiento aprisa se les huye,  
y en siendo fugitivo no le alabo,<sup>1</sup> En las Coronas del Parnaso. Madrid, 1635.